

dos los asilos de presos, porque en todos hay hombres ganosos de libertad y corazones abiertos á la esperanza de alcanzarla pronto.

Otra noticia á que aplicamos el mismo criterio es la de una pronta reforma del Código penal.

No hay preso que no se crea castigado con rigor excesivo; no hay uno que no sienta amargamente el tiempo que transcurre mientras él se halla entre rejas, y los años que le pasan como si él los viviera!

¿Cómo pues no han de imaginar que se les rebajarán las penas y se abreviará el tiempo de sus padecimientos?

Algunos, de puro arrebatados, sabiendo que han cometido el delito, se creen de buena fe inocentes.

Esos son los que obraron á impulsos de la violencia de la sangre; cegáronse, y cometieron un delito tan absurdo y tan poco conducente al logro de sus fines, que se arrepienten cordialmente de haberlo cometido y se declaran incapaces de volverlo á cometer. Y tan grande es la eficacia de la conciencia, que aun para ellos mismos su sincero arrepentimiento es como una absolucion y se consideran harto castigados con la indignidad en que incurrieron.

Sin embargo, esos hombres reinciden y vuelven á la cárcel; y cuando despues de muchos años, calmada ya la violencia de las pasiones, son capaces de dominar sus primeros movimientos, ya se han acostumbrado al ocio y á la cárcel; ya no tienen lazos que les unan á la sociedad, y hacen oficio del crimen.

Muchos, al llegar á ese período, entristecen solo con mirarlos.

Nótase en ellos un decaimiento, una fe tan profunda en la esterilidad de la vida que les queda, una persuasion de que solo podrian anhelar imposibles si algo anhelasen fuera del delito; un cansancio de no haber hecho bien; que seria mas criminal que ellos el hombre que no se apiadase de tanta desventura.

Aquel es un mundo maravilloso, hemos dicho, y aun podemos añadir que no se puede juzgar de lo que en su esfera se verifica, sin grave temor de equivocarse y de poner tacha en algo muy respetable, por odioso que sea el delito.

Dentro de la sociedad pasan por absolutos muchos principios que, como no se ponen á prueba, no nos dan á conocer su última consecuencia: así no llegamos nunca á conocer que son falsos.

Algunas personas tienen conocimiento de una historia.... Sentiría que el lector lo llevase á mal, pero yo he de referirla, porque hace á mi propósito mejor que un tomo entero de reflexiones.

Es reciente.

Vivia no ha mucho en una aldea de Castilla, ó de Aragon, que la provincia no importa al hecho, vivia, decimos, un hombre ya entrado en años, casado en segundas nupcias con una mujer, mas jóven que él, á quien queria con extremo.

De su primer matrimonio tenia un hijo á él muy parecido en aire y semblante, pero no en estatura y robustez, supuesto que el padre era alto y forzado, y el hijo pequeño, enclenque y desmirriado.

No aseguramos que este se llamase José, pero así lo nombraremos en este relato, toda vez que un nombre hemos de darle.

Criábase, pues, José afectuoso para con su padre y dócil á su madrastra.

Esta le trataba con cierta indiferencia semejante al cariño, mas aun eso solo fué en los primeros años de su matrimonio, es decir, mientras abrigó la esperanza de tener hijos.

La esperanza se fué desvaneciendo, el genio de la madrastra se fué agriando, y José, que tenia pocos años, comenzó á padecer.

El padre, para no aumentar la pena de su esposa, escaseaba á Pepe sus caricias; el niño bien pronto las echó de menos; pero no se quejó, aunque le llegaba al alma tan injusto desvío.

Así transcurrió algun tiempo.

Pepe no habia imaginado nunca que pudiese padecer en la casa de su padre. Llegó el caso de que se pasara un dia entero sin que este le mirase ni le devolviese los buenos dias y las buenas noches, y el pobre huérfano se escondia para desahogar el pecho del pesar que le agobiaba.

Ibáanse las horas gimiendo y llorando donde nadie le veia; sin encontrar en el llanto mas que un consuelo momentáneo, y lo mismo era volver á entrar en casa de su padre, que aquejarle otra vez la gana de llorar, como si le rebosaran las lágrimas.

Una noche, de vuelta al hogar, sentado silencioso junto á la lumbre y contemplando á su padre, que parecia cuidadoso por la salud de la madrastra, se le vino su madre á la memoria y rompió de pron-

to en tan hondos sollozos y tan copiosas lágrimas, que la madrastra volvió la cabeza á mirarle sobresaltada y el padre fué á abrazarle y le preguntó muy alarmado qué le pasaba.

José no podía dominar su agitacion; corrían las lágrimas hilo á hilo por sus mejillas, y entre sus frecuentes suspiros no podía hablar palabra.

Al fin, á fuerza de caricias y consuelos, el padre pudo calmarle, y como no dejaba de preguntarle por qué lloraba, respondió Pepe:

—Porque me acuerdo de mi madre.

El pobre viejo, en medio de la sorpresa que le causó tan inesperada respuesta, agradeció en el corazón un recuerdo tan propio de un buen hijo, y dióle un sabroso beso que mitigó con su virtud la pesadumbre del niño.

A todo esto habia prestado atencion la madrastra.

El padre volvió hácia ella la vista despues de abrazar á Pepe, y ella hizo un repugnante gesto de desden que lastimó á su marido.

En seguida se salió al umbral de la puerta, miró al cielo y se puso á cantar entre dientes.

Pepe no reparó en esto: su padre sí, y bajó la cabeza y se puso pensativo y mohino.

Pepe se volvió á sentar sintiendo grande alivio, abierto el corazón á la esperanza, como si acabase de recibir de su padre la primera caricia.

¡Ay! era la última.

Ya no volvió á oír de sus labios una palabra afectuosa, ya no volvió á recibir de sus ojos una mirada benévola.

Aquel hombre era débil.

Amaba á su hijo; pero estaba completamente dominado por su mujer y era incapaz de cosa que la desagradara.

Aquella familia era pobre. Desear que Pepe no permaneciese en la holganza, no era un desvarío; hacerle coadyuvar en lo que pudiese al alivio de su padre y al suyo propio, no debia achacarse á intencion dañada.

Un dia insinuó la madrastra que en mejorando el tiempo saldria Pepe todas las mañanas al monte por un haz de leña.

El padre se calló.

La madrastra tuvo paciencia y, poniendo freno á sus deseos, dejó que se templase el rigor de la estacion.

Pepe, atónito de ver tan apartado de él á su padre, cuando tan cariñoso creia que iba á mostrársele, sintióse mas apenado que nunca.

Volvió á caer en tristeza, y ya no solo lloró por él; lloró tambien por su madre, á cuyo recuerdo habia debido tantas recónditas alegrías.

Mandósele un dia que fuera por leña; echáronle unas cuerdas al hombro y obedeció.

En medio de la soledad del monte, se creyó por primera vez mas acompañado que al lado de su padre.

La tranquilidad del sitio, la grandeza de cuanto le rodeaba influyeron en su ánimo, embargándole los sentidos.

Jamás se tuvo por tan bien hallado como aquel dia.

Ya iba á caer la tarde cuando volvió á su casa; algunos vecinos le dirigieron por el camino la palabra y no supo contestarles.

Al ver desde lejos la puerta por donde tenia que entrar, se le oprimió de nuevo el corazon.

Su padre, que estaba sentado al umbral, se entró al verle detenerse; su madrastra le vió tambien y se quedó donde estaba, fingiendo que no le habia visto.

Pepe siguió su camino, llegó, dejó su haz donde le mandaron, y el pobre niño ni siquiera se acordó de comer.

Sus salidas diarias al monte duraron mucho tiempo.

El, sin que nadie le dijera una palabra, procuraba llevar á su casa todo el peso de leña que podian soportar sus fuerzas, aunque tuviera que pararse á la mitad del camino para tomar algun descanso.

Un dia iba á salir á su expedicion y le dijo su padre:

—José, te llevarás la borrica.

—Bien, padre; contestó él sin atreverse á mirarle.

El viejo prosiguió:

—Cargarás la borrica á la vuelta.

—Está bien, padre.

—Déjala pacer y arriéndala á un tronco, si necesario fuere. ¿Estás?

—Sí, la arrendaré.

—No huelgues con la confianza de llegar pronto á casa montado

en la borrica. Mientras paca el animal, recoges y atas los haces. Después se los cargas bien acondicionados.

—Así lo haré, padre.

—Ea pues, arrea y anda con Dios.

—Buenos días, padre.

Así diciendo, levantó Pepe los ojos entre confiado y medroso.

El viejo no le miraba.

Otra vez, desde la noche del abrazo, sintió movérsele el corazón con el afecto de la paternidad, y se quedó perplejo, sin atreverse á nada, y dejó salir á José con grave sentimiento.

Pepe echó por su camino acostumbrado.

Cuando iba á entrarse por una revuelta de la senda, el padre dió una mirada al rededor y, seguro de que nadie le veía, clavó en el muchacho los ojos y le fué siguiendo, mientras pudo, con la vista.

Pasaban días y días sin que Pepe oyese hablar ni hablase en su casa.

Cuando su madrastra le dirigió la palabra, fué para decirle que en el monte había leña mejor que la que él llevaba á su casa.

Pudo ser muy inocente aquella observacion; mas á Pepe le amargó como si hubiese bebido hiel.

Aquella observacion penetró en su oído con tono helado y seco, con un acento sin vibracion, sordo como el ruido de una losa que choca con otra: quizás aquella ocasion fué la primera en que Pepe distinguió entre la voz de su madre y la de su madrastra.

En el caló carcelario se llama *madrastra* á la prision y tambien á la cadena. ¡Cuántas veces pensando José en el origen de sus desdichas y en el término á que se veía llegado, bajaba la cabeza y cerraba los ojos creyendo que los sucesos de su vida habían sido guiados por la mano de la fatalidad inexorable!

Volviendo al día en que su madrastra le advirtió que no miraba bien por su casa, Pepe se alejó con la borrica á paso mas vivo que solia, pero sin mostrar enojo ni dar una mala respuesta.

Llegó á lo mas hondo de la senda; allí de nadie podia ser visto; miró para su casa preñado de odio el corazón, y con un suspiro ronco que parecia una amenaza y meneando la cabeza, dió á sus ocultas penas el único desahogo que darles podia.

Iban á saltar lágrimas de sus ojos; pero los comprimió cerrándolos fuertemente y aplicándoles los puños.

El cuadrúpedo, acostumbrado á sus diarias escursiones, habia ido siguiendo el conocido camino.

Pepe volvió en sí; recogió del suelo el sarmiento con que solia aguijar y llegó al monte abrumado con grave pesadumbre.

En la vida de los desdichados hay acontecimientos muy grandes, que suelen llamarse puerilidades.

Vamos á introducir aquí un suceso que no consta en el proceso de Pepe; mas estuvo presente siempre en su memoria; movió su voluntad; obró en su entendimiento; modificó, en una palabra, su modo de ser y fué parte en sus amarguras y crímenes.

Es una puerilidad tambien en el caló que usa la sociedad cuando le importa no ser entendida de la conciencia humana.

En cierta ocasion despertó á Pepe un lúgubre tañir de campanas. Era todavía de madrugada.

Pepe se habia acostado rendido de cansancio; mas aquellos tristes sonidos no le dejaron dormir mas.

Salió y vió gente del pueblo que levantaba unos sencillos altares de trecho en trecho desde una casa próxima á la suya hasta el cementerio. En cada altarcito ponian una imágen entre ramas de ciprés.

A la hora todo el pueblo era altares; las casas habian quedado solas y todo el mundo se habia reunido en la de un vecino, cuyo hijo habia muerto la noche antes.

Cuando la gente se trasladó de la casa mortuoria á la iglesia, paseando antes en procesion por todo el pueblo su cuerpo muerto en un ataúd descubierto, iban delante el párroco y su vicario, con dos monaguillos; detrás de estos y al rededor del ataúd, llevado en andas por cuatro ancianos, iban todos los muchachos del lugar, ataviados como para una fiesta por sus madres, y cerraban la procesion los mayores.

Pepe se unió al cortejo.

Primero se colocó al lado de los sacerdotes; despues quiso ver á los que llevaban las andas; pero en seguida se avergonzó con las miradas que le dirigian sus compañeros, que todos formaban parte de la comitiva y fué á confundirse entre los últimos, á cuyo alrededor daba vueltas como un perro.

Pepe fué tambien al monte aquel dia, y en el monte todo era acordarse del cuidado con que todas las familias mēnos la suya habian llevado á los muchachos al acto solemne del entierro.

Quería comparar su mala suerte con la de otro desdichado y no hallaba con quien compararse.

Cuando volvió al pueblo con la carga de leña aun andaban jugando, con muestras de los adornos y prendas de gala que por la mañana habian usado los niños de su aldea.

El era allí el único menospreciado, el que no tenia amparo ni cariño.

Pepe era demasiado bueno para dejar de querer á su padre, por mas que le atribuyese algo de culpa en sus desgracias; y por el respeto que á su padre profesaba, cuando sentia germinar en el corazon el odio á su madrastra, hacia el pobrecito grandes esfuerzos para contenerse, para olvidar; porque no se atrevia ni aun á aborrecer lo que su padre estimaba.

Ella, por el contrario, era cada dia mas exigente, mas dura, y llegó hasta la crueldad con su hijastro.

Escatimábale el alimento y la miserable paja del lecho. Traíale mal vestido y la echaba de económica para disimular su impiedad.

Aquella mujer sin duda habria sido una excelente madre; quere-mos imaginarlo así, ya que es siempre consolador atribuir á desvíos de instintos nobles los delitos de los humanos.

Pero madre ya no podia serlo, y el ver para siempre imposible la realizacion de aquella esperanza que largo tiempo habia alimentado, le hacia desahogar su ciego despecho en una tierna criatura, bien inocente.

Tambien Pepe era afectuoso y pagaba con usura á los que bien le querian; tambien él tenia que renunciar para siempre al cariño maternal; y sin embargo no por eso habia dado jamás indicio alguno de tibieza á la que tan mala voluntad le tenia, hasta que ella misma mostró bien á las claras que, no solo las caricias, sino hasta la presencia de Pepe la enojaba.

Poco á poco fué llegando á grave extremo el odio de aquella mujer al hijo de su marido, odio en que, digámoslo de paso, iba incluyendo á todas sus vecinas que llegaban á tener hijos.

En cierta ocasion, habiendo exasperado á su marido contra Pepe con muchos pretestos frivolos que con mañosa insistencia acumulaba, puso á este en trance muy amargo.

Levantóle el padre la mano; inclinó Pepe la cabeza, dispuesto á recibir sumiso el golpe, y acertó á ver á su madrastra que, con rápido gesto, incitaba á su padre á que le castigase.

En aquel gesto creyó Pepe descubrir el origen de sus padecimientos y el anuncio de toda una vida de desgracias.

El corazon le decia que aquella mujer le habia robado para siempre el cariño de su padre para dejarle perpétuamente sumido en la amargura.

La aldea donde reposaban los huesos de la que dió el sér; los campos testigos de sus primeros juegos; el hogar donde su cuna se habia mecido; todo lo que es atractivo para los corazones tiernos, le hablaba en sus soledades aconsejándole que no se alejase del lado de su padre; mas al propio tiempo, la indiferencia con que este le trataba cuando no le daba muestras de rigor excesivo, la dureza de su madrastra, que cada dia era mas cruda, le estimulaban á buscar en otra parte la tranquilidad del ánimo y la buena correspondencia á sus afectos.

Pepe no conocia mas que algunos pueblos de los alrededores; el mundo no se estendia para él mas allá de los límites que sus vista alcanzaba.

Titubeando entre huir de la casa paterna y esperar resignado un cambio de suerte, iba todos los dias al monte y volvía tan perplejo como habia ido.

En la aldea se habia hecho público el desden de su padre y el encono de su madrastra; de ambos murmuraban los vecinos; mas era tal la desdicha de Pepe que, aun con mirarle todo el mundo como objeto de malos tratamientos, nadie hacia cosa alguna por aliviar sus males, ni de nadie recibía una palabra de consuelo.

Su aspecto no era grato á primera vista. Una fisonomía ordinaria, una estatura muy baja, un cuerpo pesado, sin asomo de gracia: tal era Pepe. Cierta que sus ojos azules enviaban miradas llenas de suavidad y de ternura; cierto que sus labios gruesos y de correcto dibujo proclamaban lo sano y lo leal de su carácter; pero los mozos del

lugar no entendían sino de llamar hocico á su boca, y de ridiculizarle por enano y mal formado.

Quando ya á los secretos pesares que le abrumaban vino á añadirse el público escarnio de los estraños, aquel desdichado tomó una resolución. Era mozo, era fuerte, podia ganar el pan trabajosamente como todos los demás hombres, y una mañana salió de su casa para no volver á pisar aquella tierra, tan dura para él y tan ingrata.

Habia llamado en vano al corazón de su padre, único sér en la tierra con quien le unía la naturaleza; habia esperado en vano de los demás hombres siquiera el respeto debido á la desgracia. El se habria dejado matar por su padre y este le mataba á pesares; él habria arriesgado la vida por un amigo, y solo hallaba á su alrededor gente sin entrañas.

Ya nada tenia que esperar de aquella aldea, y determinó ir á otra donde vivia un antiguo amigo de su madre.

Distaba esa aldea dos leguas de la suya, y Pepe emprendió el camino como si fuera á otro hemisferio.

Atravesó un arroyo que limitaba el término de aquel pueblo que le habia visto nacer, como atravesaban el Océano los primeros navegantes que hacian rumbo á América. Una pequeña colina ocultó á sus ojos el campanario que habia solemnizado el dia de su nacimiento y el de la muerte de su madre, y aquella pequeña colina que otras veces él habia traspuesto, le pareció una montaña formidable, de acceso imposible, que por toda una eternidad habia de pesar sobre la tierra querida de su niñez.

Oprimiósele el corazón y se quedó largo rato inmóvil y en triste silencio. Dos veces hizo ademán de volverse atrás, casi decidido á volver á la casa de su padre y esperar allí que los golpes de la adversidad acabasen con él. Pero acaso pensó que el suplicio que en casa de su padre habria de padecer seria harto prolijo para quien nada habia hecho por merecerlo; acaso pudo mas en él la esperanza de hallar amparo en el amigo á quien se dirigia.

Volvió á mirar adelante y prosiguió lentamente su camino.

A pocas diligencias encontró al hombre que buscaba, y refirióle, mas con estremos de dolor que con palabras, lo que habia padecido y lo que á su presencia le traía.

Aquel hombre rudo, pero bondadoso y conocedor del carácter del padre y del de la madrastra, recibió á Pepe en su casa para que se ocupase en faenas de una hacienda que en el pueblo tenia.

Mucho tardó el mancebo en acostumbrarse á ver sin estrañeza aquellas paredes, que no eran las que al despertar habia visto toda su vida; los instrumentos de labranza, la cuchilla de partir el pan, todo al principio le arrancaba suspiros.

Poco á poco el buen trato, el tiempo y la costumbre hicieron su oficio, y comenzó para José el único breve período de calma feliz que gozó en este mundo.

A todo esto iba siendo mozo; su natural era, como hemos dicho, muy tierno, y en los bailes domingueros comenzaban á ocurrírsele ideas peregrinas sobre las gracias de las aldeanas que tomaban parte en las danzas.

Su talle y su garbo no eran para enamorar, harto lo conocia él; pero su corazon era capaz de comprender y estimar las virtudes; sabia respetar la delicadeza de la mujer, y cuando apuraba esta materia no tenia reparo en considerarse tan digno de ser amado como pudiese serlo el mas rico y el mejor mozo en diez leguas á la redonda.

Allá á sus solas, en el recogimiento de la noche, Pepe se abandonaba á la quimera de encontrar recompensa á sus padecimientos en el amor de una tierna esposa y en los goces de la familia.

Imaginábase una aldeana jóven, sencilla, de recio juicio, y decia para sí: «esa seria mi esposa. Yo seria para su amor el amante; para su debilidad el fuerte; yo seria su amparo, yo ganaria el pan de su sustento y el de nuestros hijos; yo la acompañaria en su soledad; velaria su sueño.....»

Así pensaba en la oscuridad y el recogimiento de la noche; pero la luz del día disipaba tan gratas quimeras. Véase pobre, contrahecho, inferior á todos los mozos del pueblo, y era hasta cobarde ¡él que por el amor habria llegado hasta el heroismo!

Ya se habian ido amortiguando los dolorosos recuerdos de los sucesos que le obligaran á salir de la casa paterna; ya las ansias de amores agitándole el corazon daban reposo á su memoria, cuando una noche quiso su mala fortuna que el patron, creyéndole dormido, hablase de él con un amigo y pariente que en la misma casa se hos-

pedaba. Y no solo le refirió lo que José le había contado para justificar su resolución, cuando fué á pedirle que le admitiera á su servicio, sino sucesos que el pobre huérfano ignoraba y hubiera deseado ignorar siempre.

Mas como la mala suerte no se cansaba en su daño, hubo de oír cosas que le martirizaron en lo mas vivo.

Supo que ya en vida de su madre y antes de que él viniera al mundo, la que entonces era su madrastra había introducido la discordia en su familia; que su madre al darle á luz había estado á punto de perder la vida con los disgustos que experimentara durante su embarazo, y que todo el tiempo que sobrevivió al parto anduvo triste y enfermiza.

Nunca había sentido José la plenitud del odio como en aquellos momentos. Con toda la potencia de su juventud, con todo el brio que podía comunicarle el apasionado cariño que á su madre profesaba, se incorporó en el miserable lecho, y viendo en su imaginacion la casa donde había nacido, como si estuviera en ella, y representándose á su madrastra allí en su presencia, le arrojó una maldición acérrima y cayó sin fuerzas para ahogar un suspiro semejante al rugir de la fiera.

Aquel relato hecho con la confianza de la amistad por un hombre rudo que no sabía que Pepe le estaba oyendo, causó en el corazón de éste una herida que no llegó nunca á cicatrizarse.

Tornó á sus melancolías, y se había creído incapaz de todo alivio si un suceso inesperado no hubiera vuelto á despertar sus esperanzas.

Habiale llamado muy particularmente la atención una moza de la aldea, de rostro agraciado y trato apacible.

Pobre era la moza; mas su gentileza y su bello carácter eran bastantes á atraerla los mas bizarros galanes; Pepe lo sabía, lo veía y se alegraba de verla obsequiada como si fuera hermano suyo.

Clara, que así la llamaremos, no era insensible á los halagos de sus rondadores; y como no la movía la codicia ni otro afecto bajo, aceptó los juramentos del que supo ganar su corazón, desentendiéndose noblemente de los que la aconsejaban que prefiriese á otros mejor acomodados.

Clara creía además que su elegido era tan honrado como ella podía desear: en esto se engañaba la pobre.

Aquel hombre ruin no supo apreciar el bien que el amor le depa-
raba. Malicioso, sagaz, hizo por ajustarse á las inclinaciones, á todos
los inocentes caprichos de Clara; de suerte que cada día estaba ella
mas contenta con su suerte, y cuando pensaba haber asegurado su
imperio en el corazon de aquel rústico taimado, era precisamente
cuando mas rendida se hallaba á su voluntad.

¿Y qué mucho que una doncella tierna y sencilla cayese en tal en-
gaño, si en su perdicion se ocupaba un burlador experimentado, que
sin vergüenza de sí propio, mentia y perjuraba?

Cautiva quedó Clara de sus embustes y bajezas, que ella tomaba
por verdades ciertas, y quizás ella de propio movimiento hizo la mi-
tad del camino hácia el precipicio de su honor.

De sermones y consejos y de honesta repugnancia venció la caute-
la del galan, y Clara perdió la estimacion de las gentes y la paz del
espíritu. Esto bastaba para que fuese para siempre desgraciada; pe-
ro su desgracia fué mayor todavía, porque no pudo dejar de querer
al causante de sus males.

Largo tiempo lloró por el cúmulo de infortunios que sobre ella ha-
bian caido de improviso; mas vino un día que dejó de llorar por su
deshonra y se le caian las lágrimas hilo á hilo al pensar en que no
era amada del hombre á quien amaba.

Los mozos á quienes habia desdeñado se gozaron en su infortunio,
sus compañeras se alegraron tambien, acordándose del tiempo en
que ella era objeto de predileccion y ellas se veian desairadas y no
tenian mas galanes que los que Clara iba despidiendo ó causando con
su indiferencia; su burlador Antunez salió del pueblo y ella no vol-
vió á presentarse en baile de plaza ni romería.

A la iglesia iba con el alba y se encerraba en su casa con el amar-
go pesar de su abandono y el sabroso recuerdo de sus dichas.

Pepe fué testigo de crueles alegrías de las mozas y de indignos
sarcasmos de los mozos.

Clara, que antes le era simpática, llegó á serle querida desde que
la vió tan desdichada.

Estaba hecho á no ver mas que seres dichosos, y si bien no le
consolaba de sus males el dolor ageno, á lo menos le demostraban
que no era él solo objeto de las iras del cielo.

Saludaba á la infeliz siempre que pasaba por debajo de sus ventanas y dió en pasar muchas veces sin necesidad alguna.

Satisfaciale la complacencia que mostraba Clara al ver que á lo menos una persona del pueblo no se desdeñaba de darle los buenos dias y decia para sí: ahora goza quizás ella lo mucho que gozaria yo si tuviera quien no me menospreciara.

Acostumbróse fácilmente á visitar, aunque de paso, á la triste aldeana: del simple saludo pasó á las conversaciones, y un dia que no la vió á la reja, entró en su casa á preguntar si estaba enferma.

Enferma estaba en efecto. Enferma de ausencia, de desamor, de abandono y de desprecio, y José se sentó á su cabecera.

Allí le dijo aquel sér raquítrico y estraño palabras tan dulces, frases tan ricas de sentimiento y de discrecion jamás de ella conocida, que la pobre muchacha lloró y le bendijo en silencio por el bien que la hacia.

Era al caer la tarde. El cuarto estaba casi á oscuras. El afectuoso acento de José vibraba de emocion; todo cuanto salia de sus labios estaba impregnado de suavidad y consuelo.

Nunca se habia hallado en circunstancia tan propicia para dar una muestra del fecundo manantial de cariño que en su pecho se escondia, y en aquella tarde vertió á raudales el sentimiento, trastornó la imaginacion de la enferma con el sublime prestigio de la esperanza y salió de allí con la promesa de volver al siguiente dia, dejándola á ella maravillada de sus eficaces palabras y maravillado él mismo del cambio que en su espíritu habia producido el inesperado desahogo de su corazon.

Las horas se le hacian años mientras no llegaba la de ver á la paciente, y no faltó á su palabra. La buena acogida que en la casa se le hizo acabó de determinar la inclinacion que se insinuaba en su ánimo y en breve tiempo pasó de la piedad al amor mas acendrado.

Ni Clara le hablaba del hombre que era origen de su desgracia, ni él pronunciaba en presencia de ella su nombre; que hasta este extremo llegaba la delicadeza del inculto huérfano.

Establecióse entre ambos la confianza; Pepe tuvo que compartir con Clara el peso del menosprecio que sobre ella hacia pesar el pueblo.

Ella le hizo un día una indirecta observación sobre este particular, y él, como si estuviera esperando que así sucediera, se apresuró á responder, resuelto á llevar la conversacion hasta sus últimos términos:

—Ya sé, dijo, lo que de mí hablan y aun lo que de mí piensan; pero no me importa.

A estas palabras dichas en tono grave y sentido, no supo Clara que añadir, y José, que deseaba oírla y esplicarse, añadió:

—Pesárame si tú no fueras quien eres; pero ni tienes la culpa de tu desgracia.....

—¡Ay, no! interrumpió Clara.

—Ni lo que yo pierdo con las críticas del pueblo, añadió Pepe, vale lo que gano con saber que me estimas.

—José, dijo entonces ella con los ojos preñados de lágrimas: tú eres mas honrado que esos insolentes que me desprecian, suponiendo que es mi deshonra lo que les inspira repugnancia, despues que todos ellos han codiciado el infame lauro de ponerme en el estado en que me veo. Dios te pague el bien que me haces, José.

—¿Yo? exclamó él, lleno de grata zozobra.

—Sí, dijo Clara, tú, José; tú, que hablas y no humillas; tú, que consuelas y no avergüenzas. Si supieras.... Tú no sabes aun lo que yo he padecido y padezco.

Clara bajó la voz.

—Mira, dijo con expansion fraternal; mi madre me ha hecho derramar lágrimas muy amargas ¡yo se lo perdono! pero ha querido mostrarme que me queria y lo ha hecho de un modo cruel ¡oh cruel! Todo lo que pudo decirme antes de mi desgracia me lo ha dicho ahora que no tiene remedio, y nada ha respetado en mí, y con la mejor intencion me ha hablado palabras... ¡como si yo fuera una mujer perdida! He ido al confesor buscando consuelo ó siquiera esperanza de alivio y ¡ay! volví con el alma quebrantada, mas llena de vergüenza y de desesperacion que nunca. Allí, de rodillas, llorando, José, llorando á mares, clamando lástima, abierto el corazón como si Dios hubiera de leer en él... ¡Oh, lo que oí! ¡lo que pasé... Dios mio! Vamos, no quiero recordarlo, porque me volveria á dar ganas de morir. Imagínalo tú, si puedes, que yo no sabria decirlo. Mira,

volví á mi casa, no sé cómo ni por dónde y ¿lo creerás? al verme sola, se me figuró que de cuantos me rodeaban el menos malo era Antunez. Ahora considera cual yo estaria.

Al oír por primera vez el nombre de Antunez en boca de Clara, estremecióse Pepe en lo profundo de sus entrañas. Ella no lo vió porque estaba llorando á lágrima viva y no hacia mas que llevar una y otra vez el pañuelo á los ojos.

—¿Te acuerdas aun de Antunez?

—.....Me he acordado.

—¿Le amarias quizás.....?

—¡Yo! exclamó Clara con sorpresa. Aquel acento nada afirmaba, nada negaba. Si Pepe hubiera sabido traducirlo... no habria muerto ahorcado. Otro mas experimentado habria comprendido que Clara involuntariamente contestaba que aun vivia en su pecho el amor de Antunez; pero aquel mancebo, tan inesperto como enamorado, no entendió sino que habia hecho mal en dirigir una pregunta intempestiva, casi insensata, á Clara, y se prometió ser mas prudente en lo sucesivo.

¡Su prudencia consistió en abandonarse por completo á la esperanza de hallar la felicidad haciendo feliz á una desgraciada!

Todo el esmero que pone el hombre en librarse de un gran peligro, lo puso José en procurarse el daño por el camino mas breve.

Una tarde que, silencioso y medio cerrados los ojos, escuchaba, digámoslo así, sus propios pensamientos, le sacó Clara de aquel estado preguntándole:

—¿En qué piensas, José?

—En tí, contestó él resueltamente y con mal reprimido anhelo.

Clara reveló con una mirada la estrañeza que le habia causado la respuesta de Pepe, y antes de que abriese los labios para replicar, añadió él:

—Tú no eres feliz; ¿crees que podrás serlo algun dia?

Si Pepe hubiera tenido paciencia para esperar contestacion y ponerla bien en claro, quizás se habria librado de las desgracias que despues le sobrevinieron; pero no pudo contenerse; el corazon queria salirsele del pecho; temblaban sus labios como si en ellos palparan palabras llenas de vida, y viendo fijas en su semblante las miradas de Clara, añadió:

—¿Quieres casarte conmigo?

Con ímpetu comenzó la pregunta y la terminó con una especie de sollozo, con una vibración que fué prolongándose largo rato para sus propios oídos con una intensidad tal como si hubiera de resonar por todo el universo.

Ella quedó suspensa, atónita, mirándole de hito en hito.

José prorumpió en una candorosa é incoherente declaración de sus afectos, que hizo volver en sí á Clara para que mas y mas se maravillase.

—¡Si yo pudiera decir cómo te amo! exclamó; si tú pudieras saber... ¡cómo lo haría yo para espresarte las cosas segun las siento! Rudo soy desde que nací; todo me lo ha escatimado la mala ventura. Oyeme, empero. Ya sé que no soy galán como merecen tus gracias; y tus pocos años; mi pobreza la conoces también; pero lo que es amarte, Clara... ¡ea, sería locura que yo tratase de ponderarlo! Para que veas: desde que te conocí seme antojó que yo era algo tuyo. Después que te hube tratado algun tiempo, llegué á imaginar que me tenías enamorado, y por entonces pensaba que ya no era posible amarte mas que yo. Pero me engañaba. ¡Oh, cómo me engañaba!

Mira, añadió inclinándose hácia ella y en voz muy baja; ¿sabes desde cuándo te amo? Desde que no te quieren los demás. Desde que.... yo bien puedo decírtelo, que no te ofendo con el pensamiento; te amo desde tu desgracia. ¿Qué sé yo? Te ví tan triste, tan sola, tan menospreciada, que amarte á tí era como amarme á mí mismo.

Pepe dijo estas palabras estrechando contra su corazón la mano de Clara.

Ella cabizbaja, inmóvil, dejaba correr hilo á hilo lágrimas de dolor y de ternura.

Levantó la cabeza cuando cesó de hablar Pepe y quiso responder; pero ahogaron su voz los sollozos, y con la tristeza pintada en el semblante meneó á uno y otro lado la cabeza.

Pepe se levantó, estendió la mano apoyándola suavemente en el hombro de Clara, y dijo:

—Me voy; quiero dejarte sola. Casarme contigo, ir á otro pueblo, amarte mucho... eso puedo hacer. Piénsalo... descansa... Adios.

Como quedaria Clara, no hay para qué decirlo. Pepe, satisfecho de

su esfuerzo y agitado por el temor de que fuese inútil, no tuvo sosiego hasta que volvió á verla.

Pasaron los primeros momentos perplejos y turbados; él se sentó donde solía, y al cabo de un largo silencio, no pudo contener cierto movimiento de impaciencia.

—¡José! dijo ella, creyéndole enojado.

—Yo ya sé que tengo mal aspecto y palabra ruda. Me han hecho huraño y torpe mis desdichas. No he tenido trato con las gentes. Soy tal que no sabes qué decirme; pero haz un esfuerzo, y por mucho que me pese, como tú me digas que no vuelva á hablarte, ni á mirarte, yo te prometo....

Clara no le dejó concluir. Atajóle la palabra con una mirada llena de compasión, y le dijo:

—Pepe, yo he amado á un hombre, y tú sabes cuánto. Te he oído ayer, sobre todo, y me has hecho pensar en lo que no había pensado nunca. Quiero ser leal contigo: te quiero como si fueras mi hermano; seré tu mujer si quieres. No sé lo que pasa por mí; he dejado de pensar en mis cuitas por acordarme solo de las tuyas. Porque Dios ha dispuesto que seas desgraciado en la tierra, has venido á amar á quien menos te merece. Creo en tu cariño; dices que nos iremos á vivir á otra parte; si no estás arrepentido, aquí me tienes resuelta, sea como tú dispongas.

José escuchó estremecido de zozobra aquellas palabras.

Clara las había dicho como si un espíritu ageno á ella las pronunciase por sus labios: como si una voluntad superior se las dictara.

¡Quién sabe si se iba arrepintiendo á medida que las pronunciaba y si, falta de voluntad y de norte para sus acciones, consintió despues en cumplir su promesa!

José, ébrio de gozo, saboreando un placer jamás conocido y solo como esperanza loca imaginado, se dejó caer aquella noche en su mal aliñado lecho, incapaz de resistir con firmeza el oleaje de la codiciada dicha entre cuyos vaivenes se agitaba su alma.

La felicidad de José era completa.

Tenia en Clara una esposa agradecida, una amiga simpática, una compañera dócil.

Habian pasado á vivir entre gente que, tratándoles con indiferencia, no les obligaba á sufrir lo que habian padecido en el pueblo, testigo de la desgracia de Clara.

No se hablaban nunca acerca de lo pasado; ya que no fuese posible borrarlo ni olvidarlo, fueron ambos discretos y compensaban con el silencio lo que no podian menos de pagar á la memoria.

Pepe era tan feliz que, aun creyendo gozar de una suerte superior á sus merecimientos, gozaba además de la esperanza de verla aumentada.

Su ambicion mayor, su mayor anhelo no eran bienes de fortuna, ni otros medios semejantes: Pepe soñaba en la paternidad.

No se lograban sus deseos; pero acostumbrado á la resignacion y alentado por la confianza en su buena estrella desde que Clara le diera la mano de esposa, fiaba al tiempo la realizacion de sus esperanzas.

Clara no era feliz.

Habia sometido su voluntad á las exigencias del mundo; habia procurado ahogar en su corazon ciertos afectos y arraigar en él otros; no queria que palpitasen por el amor á Antunez, y sí por el agradecimiento á Pepe; mas la flaca mujer no habia de conseguir lo que en vano se propondria el varon fuerte.

No así domina el querer los movimientos del ánimo.

Aquella jóven de corazon tierno, cuya memoria se hallaba muy bien con el pasto de los recuerdos de Antunez, padecia en ciertas ocasiones martirios inesplicables.

Pepe no llegó á sospecharlo nunca, lo cual muestra el cuidado que ella puso en no menoscabar ni alterar en lo mas mínimo la tranquilidad del hombre á quien debía nombre y amparo.

Mas si Pepe habia nacido para la desdicha ¿qué importaban los esfuerzos de Clara, ni qué podian significar aquellos rápidos momentos de felicidad?

Clara, segun hemos indicado, pagaba como podia, con la mayor lealtad que caber pueda en la gratitud, el cariño de Pepe, y además hizo esfuerzos verdaderamente enérgicos para crear en su corazon el amor de que le consideraba digno.

Mas sus fuerzas se agotaron inútilmente en tan penoso ejercicio; y aunque á veces se forjaba la ilusion de haber alcanzado su imposible,

poco tardaba en conocer el engaño y en confesarse á sí misma que no amaba á José como habia amado á Antunez.

Abandonábase entonces al pesar; caía en el desaliento y era miserable ludibrio de las veleidades de su femenil imaginacion.

En tal estado la sorprendieron los primeros dias de una apacible primavera, que la recordó la época de su desgracia; pero se la recordó de suerte que las lágrimas no asomaron á sus ojos, como si en vez de memorias de dolor le trajera aquella estacion memorias de alegrías para siempre perdidas.

Ardia en su corazon la llama del amor vivificada, y consumíase en honda inquietud y agitábase entre angustias crueles.

De cuando en cuando reunia todas sus fuerzas para entrar en desesperada lucha con su propio sér; formaba con toda resolucion el propósito de castigar en ella misma la insubordinacion de los afectos; llamaba al pudor, al agradecimiento para que combatiesen á su lado; alentábase prometiéndose un triunfo decisivo tras el que debia venir una larga série de dias tranquilos, dichosos y el rescate de su primera debilidad; mas, estenuada de fatiga, acababa por rendirse despues de pelear contra el viento, y cuando exánime en su lecho deseaba la muerte como único término á sus males, la imágen de Antunez arrepentido, enamorado, dispuesto á derramar sobre sus heridas el bálsamo del amor purificado por la virtud y la desgracia, la trastornaba de suerte que temia perder el juicio.

Para colmo de mala ventura apareció un dia Antunez en el pueblo.

Divisóle á lo lejos Clara, que se habia asomado á la ventana al desvanecerse las sombras de una noche pasada en el insomnio, y su imaginacion se lo representaba, ya como una ilusion del deseo, ya como un fantasma de la conciencia.

Medrosa y confusa, acongojada y anhelante, siguió con la vista la aparicion que pasó á corta distancia de la casa, sonriendo graciosamente.

Pasó sin volver los ojos á la ventana; ¡aquella sonrisa no era para la mujer á quien tantos recuerdos dolorosos debia!

Así pensó ella tambien, al conocer que era en efecto Antunez y no un sér quimérico el que habia visto; y añadió hablando consigo misma: ¿se acordará de mí?